

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

SUSCRIPCION

AÑO II.

TRIMESTRE

España..... 1,50 pesetas.
Ultramar..... 3,75 —

Madrid 8 de Abril de 1894.

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR

OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10. MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

1.ª El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre.
2.ª Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos.
3.ª Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso.
4.ª Importancísima. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.

NÚM. 38.

El ascenso á Cabo

Como tema de especial predilección, nuestros colaboradores han dedicado á este asunto, particularísima atención.

Cada uno á su modo, exteriorizando cada cual un criterio, han venido entre todos á demostrar que el actual sistema de ascensos de Guardia á Cabo no satisface, ni con mucho, á las aspiraciones de los que con honrada ambición trabajan por el legítimo medro en su carrera.

Creemos llegada la hora de terciar nosotros en esta cuestión, puesta hasta hoy entre las paralelas de un terreno perfectamente neutral.

Hemos dado cabida en estas columnas á toda clase de opiniones. La juventud de la Guardia Civil ha traído sus pujanzas y sus vehementes deseos de llegar pronto; los veteranos han mostrado el capitulo de sus servicios y de sus méritos, y un ilustrado Capitán, amigo nuestro muy distinguido, dijo las deficiencias que era preciso subsanar, y los vicios que no habrá más remedio que corregir.

Seguido por nosotros este proceso con el interés vivísimo que demandan estos asuntos vitales, hemos de empezar por el principio, siquiera este aserto tenga todas las apariencias de una de las auténticas verdades del famoso *Pero-Grullo*.

Dícese que «cada maestrillo tiene su librillo», y muy bien que esto suceda si con tan diversos procedimientos se realiza el fin de la enseñanza. Pero el refrán, aplicado á los Tribunales de examen, ha de ser de funestas consecuencias.

Si en los Tercios no existe la verdadera unidad, y en cada uno se examina á su manera, el perjuicio para los Guardias está bien manifiesto.

Nosotros tenemos entendido que así sucede, desgraciadamente, pudiéndose dar el caso de que un individuo figuraría con buen número en las listas de elegibles de una de esas unidades, y tal vez en otra no llegara á obtener el último lugar, ó viceversa.

Con los frecuentes traslados que se verifican de unos puntos á otros, hay que calcular que existe un buen número de aspirantes, que, preparados para examinarse en un Tercio, lo han de verificar luego en otro cuyos procedimientos desconocen.

Esta desorientación ha de producir las naturales perturbaciones en los individuos que se ven precisados á cambiar de destino.

La culpa no la tienen, sin embargo, los examinadores de cada Tercio. Cuando las cosas no se precisan, cuando no se marcan líneas intranspasables, el criterio de cada uno estira ó encoge aquello que encuentra más ó menos acomodaticio. Claro es que ni aun poniéndose de acuerdo todos los Tercios, habrían de resultar todos los exámenes de una rigurosa igualdad, en tanto no exista un programa único, al que se sujeten estrictamente todas las Juntas examinadoras. Y aquí es donde queríamos venir á parar.

Un programa detallado, detalladísimo, con todas las preguntas que pueden hacer los examinadores, es lo que hace falta, y nadie más que la Dirección general es la llamada á formularlo.

Por este procedimiento, todos los Tribunales de examen harían las preguntas en la misma forma; los Guardias estarían dispuestos para examinarse en cualquier Tercio, sin perjuicio de que para conocer por completo las aptitudes de cada uno, pudieran conocer hasta el fondo de sus conocimientos.

Ya sabemos que esta reforma afecta en bien poco al fondo del procedimiento; ya sabemos que con conseguir esto no hemos conseguido cambios radicales del sistema, ni satisfecho nobles aspiraciones, noblemente sustentadas en estas mismas columnas, pero entendemos que poco á poco es como ha de andarse bien un camino largo y penoso.

Cualquiera que sea el sistema que exista para el ascenso á Cabo, la unidad de programa será siempre una necesidad, y por eso lo apuntamos como primera idea.

En todos los centros docentes existe un programa oficial y único, garantía para todo el que ha de ser examinado, aun contando con la pluralidad de los tribunales de examen.

Muchas son las demandas que hasta nosotros llegan, pero, con todo el mejor deseo de satisfacerlas, no se nos oculta, y no hemos de ocultarlo por consiguiente á nuestros lectores, lo difícil que es hoy una reforma en el ascenso á Cabo, cuando no ha mucho, y por la Junta consultiva de Guerra, fué aprobado su Reglamento.

De todos modos, por nosotros no ha de quedar. Hoy exponemos una reforma de detalle, necesaria á nuestro juicio.

Mañana, con perfecto conocimiento del asunto, diremos, en conciencia, lo que debe reformarse, porque así lo demandan los sagrados intereses de nuestra querida clase de tropa.

Lo que se dice

En otro lugar de este número publicamos la propuesta de destinos.

Se nos denuncia el hecho de haber sido trasladados del puesto de Mestanza cuatro Guardias, sin más que porque sí, sin motivo ostensible alguno y con grave perjuicio de quien tiene una porción de hijos; Guardia hay de los trasladados que sólo llevaba cuatro meses en el puesto, y por ningún concepto parece justificada la determinación, amparada solamente con la consabida muletilla de «la conveniencia del servicio».

Convendría que el General Palacio, tan amante de sus subordinados, y mantenedor siempre de los fueros de la justicia, fijara su atención en este asunto, que, según se nos asegura, es consecuencia inmediata de la profecía de cierta persona, que les había anticipado se daría la orden para la salida de los cuatro citados Guardias.

El General Palacio, siempre incansable en procurar el bien de sus subordinados.

No bien conseguida la Real Orden para que determinadas faltas leves no produzcan anotación en las filiaciones de los Guardias, gestiona ahora vivamente se le autorice para dar carácter retroactivo á esta disposición y poder levantar tantas y tantas anotaciones desfavorables como pesen indebidamente en el principal documento histórico de los individuos de tropa.

Nuestros lectores comprenderán el indiscutible alcance que esto tiene para la Guardia Civil, y la preferente atención que hemos de dedicarle.

Sin embargo de esto, no podemos resistir al deseo de anticipar tan grata impresión.

Una casualidad nos hizo conocer, hace días, el acto de desprendimiento realizado por el doctor Audet, nuestro amigo, en beneficio de un individuo del Cuerpo.

Se presentó en su gabinete de consulta el Comandante de un puesto próximo á esta capital, y cuando se disponía á satisfacer el importe de la efectuada, el doctor le dijo que no sólo á él, sino á cuantos vistan el uniforme de la Benemérita consultaría gratuitamente—según tiene declarado en este periódico—exclusivamente por el cariño y consideración personal que le merece el General Palacio.

Los ojos de aquel Sargento verano y los de su mujer, que le acompañaba, se arrasaron de lágrimas, y nosotros, que entrábamos en aquel momento, felicitamos calurosamente al doctor Audet, á quien ahora, desde aquí, damos las gracias más sinceras y expresivas por su desinterés por la Guardia Civil.

A estas horas habrá tomado posesión del mando del 13.º Tercio nuestro querido amigo el Coronel D. Manuel Bosch.

A quien, según referencias que tenemos por auténticas, el Director general ha expresado de palabra, á su paso por esta corte, el propósito que le anima de utilizar sus buenos servicios en algún otro mando.

De lo que seríamos los primeros en felicitarnos.

Las adhesiones voluntarias al Montepío aumentan.

Y los donativos, también voluntarios. De modo que, si seguimos por esta senda, creciendo en adheridos y en capital, es de temer que el derrumbamiento social se imponga.....

«No me jaja osté rei, que tengo er labio partido.»

La benemérita en solfa

Por segunda vez, con gran sentimiento nuestro, tenemos que ocuparnos de un periódico avezado en la irrespetuosidad y el insulto.

Nos referimos al *Don Quijote*, semanario republicano, que publica en su último número, junto á una caricatura pornográfica, otra viñeta, en la que aparece un Guardia que va á atravesar con la bayoneta á un hombre arrodillado que pide justicia. Dejemos que los «Padres de Familia» se las entiendan con el grabado que representa la Andalucía, y vamos nosotros á lo que nos importa.

A raíz de los lamentables sucesos de San Sebastián, la Guardia Civil fué puesta en caricaturas groseras por el mismo lapiz que hoy vuelve á hacer gala de tan desdichado humorismo. Llamamos la atención entonces, y triste es confesarlo, nadie acudió á nuestras excitaciones.

Si en el Gobierno civil no se preocupan de estas cosas, si la primera autoridad de Madrid no pone mientes en estos desacatos, los que tienen el deber de mantener el prestigio del Instituto deben tomar la iniciativa, que, emprendida con fe, da siempre resultados fecundos.

Los Jefes, los Jefes de la Guardia Civil, son los que deben poner coto á estas demasías.

¿Que el Gobernador no se ha fijado ó no ha querido fijarse? Pues llámesele la atención con entereza, y á ver por qué registro sale.

Constantemente están en Gobernación y en el Gobierno Civil; ¿por qué en una de tantas entrevistas no se ha planteado la cuestión, dándosela la importancia que merece?

A la vista del público, en cien escaparates, está colocado el número; puede verlo, si alguno se sorprende de la noticia, y escuchará de paso las risas y las cuchufletas de la gente.

A nosotros nos place ver la armonía de relaciones, la intimidad que existe entre los Jefes de la corte, el señor Ministro de la Gobernación y el señor Gobernador Civil; nos parece muy bien, pero traducida en hechos, en medidas saludables para el Cuerpo que representan, no en elucubraciones, que para la Guardia Civil nada significan.

Nos dirigimos, pues, á los Jefes de la Guardia Civil; ¿y á quiénes mejor? ¿Quiénes con más títulos podrán recabar para ese periódico responsabilidades y castigo?

Si se acercaran á la autoridad civil, ¿cómo negarles el apoyo tan legítimamente reclamado?

Y si recurren á su digno Director, á su Jefe superior, ¿cómo han de fallar las energías tantas veces demostradas?

Nosotros creemos que la conducta del *Don Quijote* no debe tolerarse.

Ahora, ustedes verán.

LO QUE DEBE DESAPARECER

LA QUINCALLA

De entre la rutina persistente, hoy hemos de sacar á plaza lo que en el *argot* pintoresco de la gente del oficio se denomina *quincalla*.

No hemos vacilado en emplear también este nombre para dar á conocer lo que en el lenguaje oficial se llama *la revista*.

El tenderete que tiene que poner un Guardia para presentar ante el Jefe, y con el orden marcado, todos los objetos de reglamento, tiene todo el aspecto de una minúscula tienda de baratillo.

Al ver aquello da ganas de gritar, como los ambulantes de las ferias: «¡Todo á real y medio va! Lendreras, cepillos, botones, espejos, tijeras, navajas... ¡todo á real y medio!»

Este humorismo, irrespetuoso con la tradición, habránlo sentido muchos al presenciar las revistas de los puestos.

Son estas, en la historia de la Guardia Civil, un documento curioso, con cuyas variedades podría formarse un verdadero libro.

El modo de presentar las revistas varía hasta lo infinito, según la Comandancia y el Jefe que la manda.

Hay quien ordena que los botones formen en el cartón las iniciales del Cuerpo, ó las del individuo, ó una figura geométrica más ó menos caprichosa, y no faltan también, ¡y esto es lo peor! quienes hacen que las marcas de las prendas vayan más altas ó más bajas, más grandes ó más pequeñas, proporcionando al individuo molestias inútiles y gastos superfluos.

¿Á qué conduce todo esto?

Los botones se hacen presentar con objeto de que nunca les falte á los Guardias, para reparar los perdidos, y todos saben que jamás se desprende uno del cartón que se conserva años y años en su pristino estado.

El botón, haciendo compañía á los botones, no ha sufrido merma alguna y está intacto.

Las prendas de ropa blanca exigen para que no falte á los individuos tan indispensable elemento de curiosidad. Pues, bien: hay camisas de revista que, desde que se hicieron, no han tenido otro empleo que exhibirse á los ojos del Jefe. Las hay sucias, de color amarillo terroso; muchas se suceden de padres á hijos, y algunas de las actuales llevan entre sus plegues todos los anales de la Guardia Civil.

De las prendas de paño podemos decir lo mismo. El Guardia que dedica una levita para presentarla en revista, no se la pone por nada del mundo, y se ha gastado unas cuantas pesetas en una prenda que no le sirve absolutamente para nada.

No tiene razón de ser esa exposición de objetos y de prendas, que para nada aprovechan.

Se comprende que al soldado se le exijan ciertas cosas, perfectamente justificadas, dado su modo de ser; pero generalizadas para el Guardia civil, no tienen explicación posible.

Si á un quinto no se le exigiera que tenga constantemente agujas é hilo, seguramente que no las tendría ni cuando más las necesitara. Pero que á un Guardia casado, á quien, naturalmente, su mujer le ha de coser la ropa, se le exija un *neceser* de costura, nos parece ridículo. Y si pasamos al Guardia soltero, aun suponiendo que él tenga que coser cuanto necesite, la precaución de exigirle los útiles ne-

cesarios, resulta impropio, dadas sus condiciones y la constante vigilancia que sobre él se ejerce.

Es, pues, preciso ir desterrando las prácticas añejas y las costumbres rancias.

Que los Guardias vayan bien afeitados y con el pelo bien cortado, y no hace falta saber si tienen espejo y navajas.

Que no les falte un botón, y lo mismo da que tengan de reserva media docena, que una gruesa.

Que vayan siempre bien vestidos, y no hay que preocuparse por las prendas de repuesto.

Lo mismo que hemos dicho respecto á la documentación, hemos de reiterar ahora en lo que se refiere á los objetos y prendas que sobran.

Fuera, fuera documentos inútiles.

Fuera, fuera las prendas que de nada sirven y las revistas que no conduzcan á un fin práctico.

Que se conozca que el espíritu reformista del siglo vive en la Guardia Civil.

Y, como muestra, que desaparezca la quincalla.

MONTEPIÓ

Sobre utensilio dado por inútil

Entusiastas de esta benéfica Asociación y deseosos de su prosperidad, proponemos al General Palacio, en las siguientes líneas que un suscriptor nos remite, un nuevo medio de aumentar los ingresos en el capital social, matando al propio tiempo un foco de disgustos y perniciosas murmuraciones:

«Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Abusando de su acreditada benevolencia, y por si usted cree acertada la idea que me propongo revelar á continuación, dirijole la presente con el fin de que, si considera oportuno su contenido, le dé cabida en las columnas del periódico que tan dignamente dirige.

Ningún Guardia Civil ignora la práctica que se viene observando en este Instituto, con referencia á las prendas de utensilio que se dan de baja por cumplidas, y por si usted las desconoce, creo cumplir un deber en manifestárselo.

Por los señores primeros Jefes de Comandancia, y como resultado de sus revistas, proponen al Excelentísimo señor Director general del Cuerpo las que deben darse por inútiles por haber cumplido con creces el tiempo máximo de su duración, y una vez aprobadas por S. E. y reemplazadas por otras, se distribuyen con la equidad debida entre aquellos individuos que se encuentran más cargados de familia, según está prevenido; y no obstante estos actos de conciencia y de ordenanza á la vez, (¡aquí te quiero escopeta!) nos creemos todos perjudicados y con iguales derechos, permitiéndonos, por consiguiente, censurar la forma en que han sido repartidas, hasta darse el caso de existir diálogos acres como el que sigue, ó en términos parecidos, entre los individuos de un mismo puesto:—Claro está que, como no soy tan amigo del escribiente L. ó de su auxiliar Torres, como tú, no me han dado un mal cabezal; y en cambio á tí te han soplado una manta, etcétera, etc.

Pues bien, yo que estoy completamente convencido de que en la Comandancia á que me honro muy mucho de pertenecer, se adjudican las prendas inútiles con la mayor igualdad posible, y no dudo que lo propio sucederá en las demás del Cuerpo, creo de pura necesidad evitar que tan dignísimos Jefes sean el *punto blanco* de las murmuraciones de sus inferiores, que por desgracia abundan mucho, lastimándose sobremedura la disciplina y la educación militar, que es, como sabemos todos, la base para ser un buen soldado. Todas estas digresiones podrían darse por terminadas distribuyendo el utensilio, en la forma que á mi juicio sería más conveniente, y la cual demuestro á continuación: ¡hay, por ejemplo, necesidad de dar de baja las camas números 45 y 59! Pues bien, las prendas que comprenden las mismas deben adjudicarse al individuo que las usa, bajo el pago de un módico precio, que podría ser este: gorgón, 75 céntimos; manta, 2 pesetas; sábana, 50 céntimos; cabezal ó funda, 25; de modo que las once prendas que constituyen una cama (haciendo caso omiso del tablado) resultan por un valor de *siete pesetas setenta y cinco céntimos*, cuyo producto ingresaría en los fondos del Montepío, con lo cual ayudaríamos á que se derrumbase cuanto antes, y daríamos una prueba más de agradecimiento á su organizador, ó mejor dicho á nuestro incansable protector, el Excmo. Sr. Director General D. Romualdo Palacio y González, que, debido á sus desvelos é ilustración, ha logrado asegurarnos un pedazo de pan para la vejez.

En esta ocasión, aunque pobre de entendimiento y sin duda iluminado por mi buen deseo, me creo tener materia suficiente para llenar las columnas de su ilustrado periódico; pero, por temor á serle algún tanto molesto, termino por hoy mi pesada tarea.

Solo me resta manifestarle que mi opinión creo será vista con gusto y acogida por unanimidad, (sin jactancia alguna) deseando que a usted le suceda lo propio con lo que deja expuesto su más humilde s. s. q. b. s. m.

JOSÉ GONZÁLEZ GAY.
Cabo de la Guardia Civil.

Sisante (Cuenca) 27 Marzo 1894.

Menos, menos traslados

Las frecuentes traslaciones de unos puestos a otros, que aun siendo de una misma Comandancia suponen a veces muchas leguas de distancia, han producido justísimas quejas, que nosotros nos apresuramos a trasladar al papel.

Parece ser que en cierta Comandancia, el Jefe prodiga los traslados de los individuos a sus órdenes, originándoles con esto, aparte de las naturales contrariedades, gastos superiores a sus medios, que, repetidos con frecuencia, pueden dar lugar a una completa perturbación en el hogar.

Claro está, y nosotros lo reconocemos, que a veces, circunstancias e intereses superiores a la particular conveniencia, justifican las determinaciones del Jefe, que dentro de sus atribuciones ordena el traslado de uno ó más individuos dentro de su Comandancia. Pero esta medida, saludable en muchos casos, puede trocarse en perniciosa sin las prudentes limitaciones que solo están en el criterio del que manda.

Admitido como moneda corriente, ó como un medio de castigar al individuo que comete una falta, cualquiera que esta sea, el procedimiento no tiene defensa alguna.

Para castigar está el Código, y aun prescindiendo de él, tal género de castigo resulta, que viene a padecerlo directa é inmediatamente la familia del individuo que faltó a sus deberes.

Si en las quejas, que no son más que de una Comandancia, nosotros hubiéramos visto manifestaciones del egoísmo personal mal satisfecho, ó resacozores de la rebeldía, de ningún modo la hubiéramos fomentado recogiendo la especie.

Pero no es eso; no son inferiores que critican los actos de su superior; son padres amantísimos que piden por sus hijos, y que dicen que en esos traslados se les quita muchos días de pan.

El mal, afortunadamente, limitase, que nosotros sepan, a no grande extensión, y esperamos que ha de desaparecer por completo, cuando el Jefe a que aludimos se persuada de los perjuicios que a los Guardias ocasionan los frecuentes cambios de residencia, que seguramente no había de ver con buenos ojos el veterano General Palacio, que tanto se preocupó por el bienestar de los que cumplen con su deber.

Impresiones cubanas

CONCEDIDO

Con la atención de siempre, seguimos en la prensa de la Gran Antilla, que para el famoso asunto de los revólvers de la Guardia Civil se resume en el periódico *La Aduana*, la serie de artículos publicados por este apreciable colega.

Y hemos de confesar que ninguno de ellos como el IX, anunciado ya en el precedente, demandaba tanto nuestro interés y solicitaba de tal modo nuestra curiosidad.

Pues, según el colega, íbamos a ver tratada en él una de las responsabilidades más difíciles de señalar a nuestro juicio.

La de nuestro respetable amigo el señor General Loño, Subinspector de los tercios de la Guardia Civil en Cuba.

¿Qué responsabilidad será?—nos preguntábamos, al abrir el número de *La Aduana*, correspondiente al 12 de Marzo último.

Y con efecto; esta es la bendita hora en que aun no hemos logrado averiguarlo.

Pues el apreciable colega habanero limitase a exponer en su anunciado y *nono* artículo un resumen de los argumentos empleados en la serie para deducir *ex cathedra*, que no debieron adquirirse los revólvers; que no pudo disponer esto, cuando lo hizo, la primera autoridad de la Isla; que la resolución—¿en qué quedamos?—del General Rodríguez Arias, no hay para qué cumplirla; que de efectuarlo, la opinión pública, la prensa, y el Parlamento, nada más, pondrían el grito en el cielo; que la consabida resolución *aparece afalsa ó sospechosa* (textual; que lo mal mandado... no se cumple; que el General Loño tiene el expediente; que la prudencia y el interés del Estado exigen la consulta del punto con el Inspector del Instituto (!) ó el Ministro de la Guerra, para que enterados... resolviesen; que los revólvers no hacen falta; que *la Aduana* ha recorrido la Isla, de Norte a Sur y de Este a Oeste, y no ha visto más armas en poder de la Benemérita que el Remington en la infantería y la tercerola en la caballería (¡pura casualidad!); que el revólver es poco seguro en la soledad del campo; que en ella se prefiere un buen armamento—revólver Anitua, por ejemplo, y adquirido en subasta;—que no es posible admitir el revólver de que se trata (¡machaca, hijo, machaca!); que los Oficiales de Artillería deben saber más de *revólver* que los del Instituto; que el General Loño es el primer interesado en el buen nombre y prestigio de la Corporación que manda, y en que se cumplan sus reglamentos (conformes); que estas contrataciones, las de los revólvers, no deben ser disimuladas, por no consentirlo, entre otras causas, la *divisa* del Cuerpo; que los funcionarios públicos deben ser honrados (archi-

reteconformes); que el General Loño es incapaz de permitir transgresiones en sus subordinados (¡qué ha de permitir, hombre de Dios!); que el propio General agradecerá los avisos de nuestro colega (si le son útiles); que todo esto puede causarle serios disgustos (ó no); que medite y recuerde la conducta del General Beránger, y aquí entra lo gordo; que *examine bien todo lo hecho antes de encargarse del mando del benemérito Instituto, y desprovisto, como se encuentra, de toda intervención en los trámites de esa época, Siente la mano, etc.*»

¿Y era este el artículo en que *La Aduana* iba a determinar responsabilidades?

Lo que le ha resultado con él, al apreciable colega es la contradicción más enorme que pudiéramos imaginar, de sus propias premisas.

Sin necesidad, ¿a qué ese afán de involucrar nombres respetables de personas y corporaciones en asuntos que no pueden dilucidarse nunca con la consideración de colectivos?

Si el General Loño no era Subinspector de la Guardia Civil cuando un Capitán general dispuso se dotara de determinada arma a la fuerza, ¿tiene ahora autoridad bastante para revocar la orden, ni menos responsabilidad por ella? Y si la orden resultase falsa, ¿compete al General Loño declararlo así? ¿Acaso no es esta misión exclusiva de los Tribunales de justicia?

Y a todo esto, de lo extractado, ¿quién deducirá la responsabilidad en el General Loño que *La Aduana* se proponía consignar como exigible?

Entendemos que el General Loño, si respetó el acuerdo del General Rodríguez Arias (que en paz descanse), se limitará ahora a hacer lo propio con las resoluciones que adopte el señor General Calleja, y nada más.

La Aduana misma, en el último artículo sobre este asunto que de ella conocemos lo deduce también así cuando se dirige a poderes más elevados que lo está el Subinspector de la Guardia Civil en Cuba, en demanda de justicia y aunque sus invocaciones al Ministro de Ultramar es Inspector (!) general de la Corporación resulten innecesarias, porque los dos carecen de facultad resolutoria, ni para enterar siquiera en el caso, no ocurre lo propio con el Ministro de la Guerra, quien, si lo estima procedente, modificará la determinación que adopte el Gobernador general de Cuba, si resultase preciso... que no resultará.

Porque sobran condiciones al digno General Calleja para analizar y resolverlo cual la razón y la justicia aconsejen, que es lo que nuestro colega *La Aduana* apetece y lo que nosotros consideramos de todo punto concedido.

Y, ocupándonos ahora de algo muy superior al asunto anterior nos haremos eco de los rumores insistentes que circulan con respecto a nuevas intenciones de los separatistas, dirigidas por Máximo Gómez, y que han hecho precisas instrucciones energéticas del Gobierno de S. M. al Gobernador general de la Gran Antilla.

Dificultamos mucho que puedan prosperar tales planes.

Pero así y todo, conviene no dar al olvido las lecciones de la experiencia, tan amargas para la Isla como para la Metrópoli, y oponer como nuestro amigo respetable el señor Ministro de Ultramar hace a los amigos del *rio revuelto* la pesadumbre de las energías del verdadero patriotismo.

Si los once años de lucha que ensangrentaron el suelo del más pródigo y hermoso país del planeta no han sido bastantes a persuadir a los separatistas y a sus afines de lo inútil de su empeño, aún queda sangre bastante en venas españolas para defender la integridad del territorio y hacerles fracasar, los mismos once años... otras once veces.

¡Viva España!

NECROLOGÍA

Nuestro querido amigo, el Capitán Ayudante del 2.º Tercio, D. Francisco Valverde, acaba de experimentar, con la muerte de su virtuosa esposa, doña Caridad Suárez del Pino (q. e. p. d.), acaecida el 3 del actual, la pérdida y la aflicción mayores que podían afligirle.

Nosotros, y con nosotros cuantos hayan tenido ocasión de tratar a Valverde, que son muchos, habrán de sentir la penosa impresión que experimentamos al hacernos eco de tan triste nueva. ¿Qué le queda a Valverde y a sus hijos?

Un hogar desolado para siempre...

¡Que el Dios de las Misericordias haya acogido en su seno el alma de señora tan distinguida, de esposa tan ejemplar y de madre tan amantísima, y conceda a su viudo ó hijos resignación bastante para sobrellevar este rudo golpe!

SANTANDER

Como un timbre más de gloria para la Benemérita, no podemos sustraernos al deseo de transcribir los siguientes párrafos, tomados de un encomiástico artículo que la *Voz Montañesa* de Santander dedica a la siempre prestigiosa Guardia Civil. Se los remitimos al *Don Quijote* para que compare.

LA GUARDIA CIVIL

«En estos dos días en que ha estado abandonada la ciudad, las parejas de la Guardia Civil, convenientemente apostadas en las boca-calles, inspiraban confianza y amenguaban algo el sombrío aspecto de la población.

La Guardia Civil de caballería fué esos días la nota pintoresca.

Como a esta ciudad pocas veces ha venido Guardia Civil de a caballo, inspiraban los Guardias curiosidad a cuantos los veían por parejas cruzar al

galope las calles, marciales y elegantes, para llevar partes a las afueras de la ciudad.

Es un gran cuerpo el de la Guardia Civil. Una de las pocas cosas buenas con que cuenta España. No es sólo en la persecución de los criminales en lo que presta servicios ese instituto. Los presta en cuantas calamidades afligen a los pueblos.

En las inundaciones, terremotos y epidemias, la Guardia Civil mantiene el orden, vigila, anima y salva muchas víctimas de la muerte.

Cuando veíamos a los Guardias el viernes preparados a prestar a la población todo género de servicios, sentíamos por ellos viva simpatía. Comparábase el bien que hacían a Santander con el mal que se les obliga a hacer no pocas veces.

La Guardia Civil dominando motines, aprehendiendo hombres políticos, mezclada en las contiendas del caciquismo, se rebaja y desmerece en el concepto público.

Y, sin embargo, desapasionadamente juzgada la conducta de la Guardia Civil, siempre vemos en ella igual celo, la misma energía, idéntica disciplina.

Aplica esas cualidades en servicio del pueblo en Murcia, en Consuegra, en Andalucía, en Santander, y es heroica y humanitaria; las aplica en los motines populares contra las masas que piden pan ó demandan justicia, y resulta cruel y antipática.

El Guardia que al disparar mata al niño que lleva sobre su regazo una mujer, es acaso el mismo que en una inundación expuso valientemente su vida por salvar las de sus semejantes.

Es preciso, pues, que, si se quiere conservar el prestigio de ese cuerpo admirable, se procure usar de su fuerza con extraordinaria cautela, no sirviéndose de la Guardia Civil para las causas bajas y antipáticas.

Es preciso que las autoridades se fijen bien en la necesidad de no exponer al instituto que fundó el duque de Ahumada a la ira ó a la animadversión del pueblo; que importa mucho a la nación conservar, ya que no aumentar, el prestigio de la Guardia Civil.

Cada vez va siendo más necesario. Sobre todo, ahora que la criminalidad invade todas las clases.»

DEL BUZÓN

La Real orden de 13 de Febrero

Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Madrid.

Muy señor mío y estimado Director: A estas horas ya supongo estará usted abrumado con cartas y escritos de muchos de los Sargentos del cuerpo, comentando cada uno a su sabor la Real orden del Ministerio de la Guerra de 13 de Febrero último, referente a la clasificación de periodos de reenganche y retiros de los Sargentos.

Yo, como uno de tantos y no pretendiendo entrar a juzgar si causará perjuicios ó beneficios dicha Real orden, voy a tratar solamente a la ligera dos puntos importantes: uno de Derecho y otro de Justicia.

Es el primero: Con arreglo al Real decreto de 9 de Octubre de 1889, por el que se organizan los cuadros de las clases de tropa, por más que en su artículo 33 dispone la clasificación que ha de hacerse a los Sargentos por sus años de servicios, no se hizo en todo su articulado excepción alguna ni consignó ninguna base para los Sargentos que ascendieran en lo sucesivo; lo cual equivale a declararles de lleno en los mismos goces, y así lo confirma el espíritu del Real decreto de 10 de Diciembre del mismo año, por el que se obliga a legitimar el empleo de Sargento con dos años de ejercicio para el retiro voluntario, y así lo ha sancionado la práctica de 52 meses en que han obtenido su retiro gran número de Sargentos con arreglo a dicha ley.

De manera que los actuales Sargentos ascendidos después de la fecha de 9 de Octubre de 1889, tienen derecho a continuar con los mismos beneficios en que se encontraban antes de la publicación de la Real orden de 13 de Febrero último.

En cuanto a los que ascienden con posterioridad a la última disposición, les comprende cuanto en ella se establece; pero como en la Guardia Civil, al alcanzar el empleo de Sargento llevan por término medio 20 años de servicio, no es justo que entren a gozar de los beneficios del primer periodo por cuanto no llevaría consigo el empleo ninguna ventaja, puesto que a dicho tiempo se hallan disfrutando ya todos el doble plus de reenganche; para obviar este inconveniente, medios hay para ello, pero nunca puede admitirse que un Sargento del ejército, con 17 años de servicio, cobre 50 pesetas mensuales de gratificación de reenganche, y uno de la Guardia Civil con 23 años de idem, cobre sólo 30.

Le ruego haga cuanto esté de su parte para que no se lesionen los derechos adquiridos, y si necesario fuera, y la ley lo permitía, entablar la correspondiente demanda contenciosa.

Doy a usted las gracias por todo cuanto haga en favor de la clase, y en el interin se reitera de usted afectísimo seguro servidor, q. b. s. m.,

MANUEL GASCÓN LOMBARTE.

Alcañiz 31 de Marzo de 1894.

Información de "EL HERALDO,"

PROPUESTA DE DESTINOS DEL MES ACTUAL
Capitanes.

D. Francisco Martí Arambur, de reemplazo en Zaragoza, a la 8.ª Compañía de Almería.—D. Agustín Angulo de Mendoza, de la Plana mayor del 4.º Tercio, a la 1.ª de Córdoba.—D. Antonio Fernández

Lorencés, de la 1.ª de Córdoba, a la Plana mayor del 4.º Tercio

Primeros Tenientes.

D. Rogelio Rodríguez Sánchez, ascendido, de la 2.ª Compañía de Madrid, a la 10.ª de Tarragona.—D. José Sánchez López, id., de la 4.ª de Jaén, a la 10.ª de Castellón.—D. Eduardo Artigas Camairas, id., de la 4.ª de Zamora, a la 5.ª de Cáceres.—D. Felipe Llopis Cañiqueral de la 10.ª de Castellón, a la 8.ª de Castellón.

Segundos Tenientes.

D. Antonio Ruiz Jiménez, ingresado de Escala activa, a la 8.ª Compañía de Soria.—D. Arturo Rolán Trapaga, id. de id., a la 6.ª de León.—D. Luis López Caparrós, id. de id., a la 9.ª de Tarragona.—D. Tomás Segoviano Ampudia, id. de id., a la 7.ª de Lérida.—D. Eduardo Artigas Camairas, id. de idem, a la 10.ª de Castellón.—D. Dionisio Palacios Montoya, id. de id., a la 4.ª de Jaén.—D. Juan Fernández Songel, id. de id., al Escuadrón de Jaén.—Don Miguel Muñoz Paño, id. de id., a la 8.ª Compañía de Zaragoza.—D. José Piñero y Ferrera, id. de idem, a la 2.ª de Badajoz.—D. Francisco Cintal Martín, id. de id., a la 6.ª de Teruel.—D. Santiago Cortés Villamar, id. de id., a la 2.ª de Alicante.—D. Carlos Soler y Arce, id. de id., a la 6.ª de Jaén.—D. Juan Hernández Crame, id. de id., a la 9.ª de Segovia.—D. Manuel Llué Martínez, id. de reserva, a la 1.ª de Girona.—D. Jerónimo García Asensio, id. de id., a la 5.ª de Valencia.—D. Enrique Femenias Ortiz, id. de id., a la 3.ª de Badajoz.—Don Gorgonio Rodríguez Azahón, id. de id., a la 1.ª de Baleares.—D. Modesto García Martín, id. de idem, a la 5.ª de Barcelona.—D. Martín Torrecilla Verga, id. de id., a la 2.ª de Málaga.—D. Benito García y García, id. de id., a la 4.ª de Zamora.—Don Francisco Esteve Verdes Montenegro, de la 9.ª Compañía de Segovia, a la 2.ª de Madrid.

Permutas

Gregorio Castilla Rodríguez, Guardia segundo de la Comandancia de Toledo, puesto de Villacastell, desea permutar para la 7.ª Compañía de Ciudad Real, 4.ª de Cuenca, 1.ª de Toledo, Córdoba, 14.º Tercio, ó cualquiera Comandancia de la Península.

José Tejada de María, Guardia segundo de la Comandancia de Guipúzcoa, puesto de Villareal, desea permutar para Burgos, Logroño ó Alava.

Cláudio Herrera Hernández, Comandancia de Girona, puesto de Tortellá, desea permutar para el 9.º Tercio, ó Comandancias de Cáceres, León ó Tarragona.

Servicios importantes

Hacia algún tiempo que en Medina Sidonia (Cádiz), venían verificándose robos, si bien no de mucha importancia, pero que tenían constantemente alarmados a los vecinos, los cuales, debido sin duda a esa preocupación que existe en nuestro pueblo de no intervenir con la gente de curia, por temor a las declaraciones que después les hacen prestar y citaciones y demás incidencias adherentes a un proceso, se callaban y no daban conocimiento a ninguna autoridad; pero el Teniente de aquella línea de la Guardia Civil, enterado por el rumor público de estos robos y raterías, se propuso averiguar quiénes fuesen, y dió instrucciones al celoso y activo Guardia primero de aquel punto, Rafael Gil Díaz, el cual, dando cuenta a su Jefe de cuantas noticias adquirió sobre el asunto a él encomendado, y siguiendo sus indicaciones, han dado por resultado el descubrimiento en dicha población de una partida de bandidos perfectamente organizada, a cuya cabeza figuraba un conocido anarquista de dicha localidad, llamado Francisco de la Luz Reyes, con nueve cómplices más, los cuales habían perpetrado infinidad de robos, tanto en Medina Sidonia como en todos los pueblos inmediatos, sembrando el terror en todas partes, y que hoy, gracias al celo de estos individuos del benemérito Instituto, se hallan ya en poder de los tribunales, los cuales harán caer sobre ellos todo el rigor de la ley. ¡Bien una vez más por la Guardia Civil!

El día 29 del pasado naufragó, en aguas de Torre Nueva, demarcación de La Línea (Cádiz), el vapor inglés *Genoeses*, que de Palermo dirigíase a Liverpool.

El Cabo José Ojeda Romero, Jefe del expresado puesto, tan pronto tuvo conocimiento del hecho, se dirigió al sitio del desgraciado suceso, acompañado de los Guardias Gregorio Dabanza, Manuel Cepido y José Barragán.

Nos comunican que allí la Benemérita ha llegado al sacrificio; hase multiplicado, evitando los robos, auxiliando a los tripulantes, hasta el extremo de que a nado viéronse precisados a sacar a varios del mar, llevándolos en los hombros.

El Jefe de La Línea, D. Joaquín Rodríguez Delgado, que se encontraba en revista, se incorporó inmediatamente a la fuerza al tener noticia del suceso, y allí, con sus acertadísimas disposiciones, completó el refuerzo de sus individuos, y con ello el resultado de su humanitario servicio.

A fuer de sinceros no hemos de terminar estas cuatro líneas sin antes hacer constar que los individuos de Carabineros, municipales y honrados paisanos, han contribuido también en este suceso con su valiosa cooperación.

También llamamos la atención sobre el Teniente Delgado y Cabo Ojeda, para que, al formalizar la correspondiente propuesta de recompensas, se ten-

gan en cuenta los muchos servicios que tienen prestados.

Noticioso el Sargento Comandante del puesto de Agramonte (Lérida), Buenaventura Samuy Montardit, de que el día 13 de Marzo último la joven Josefa Marquilla, vecina de Puigvert, había dado á luz, sin que la criatura apareciera, supuso, y supuso bien, que aquello tenía caracteres de delito.

Así ocurrió efectivamente. El expresado Sargento, cumplimentando órdenes del celoso Capitán don Guillermo Roselló, se puso en la pista del hecho; y aunque con trabajo, y después de muchas investigaciones, descubrió que se trataba de un *infanticidio*, y de cuyo delito, como es consiguiente, era responsable, en primer lugar, una mala madre.

Hay que consignar el antecedente de que el recién nacido fué enterrado á las altas horas de la noche en el Cementerio Neutro, y para cuyo fin tuvieron que penetrar en el mismo escalando las tapias. Todos los responsables de este repugnante delito, que hubiera pasado á la historia [sin la intervención de la Guardia Civil, se encuentran á disposición del Juzgado correspondiente.

La fuerza del puesto de Ballobar (Huesca) capturó días pasados á Gregorio Curch, autor de un horrible asesinato cometido en la persona de Joaquín Alay.

Bibliografía

Aclaraciones á la Cartilla y Reglamentos de la Guardia Civil, por el primer Teniente D. José Castrillo de Cobia.

La *Cartilla de la Guardia Civil*, verdadero modelo de literatura militar, prestase, indudablemente, á aclaraciones que, sin ser esenciales, completan el juicio que el Guardia haya podido formar de la lectura de sus sabios artículos de tan admirable concisión y doctrina.

En cuanto al Reglamento, admite ya más substanciales comentarios, puesto que, habiendo variado mucho las leyes del país desde que aquél se formara, la aplicación de los preceptos del uno, en discordancia con las aplicaciones de la otra, pudiera dar origen á varios disgustos que los individuos de la Benemérita han de evitar con el perfecto conocimiento de las leyes en la parte que respecta á su peculiar servicio.

Una cosa y otra; la traducción vulgar de los artículos de la *Cartilla*, y las aclaratorias en los del *Reglamento*, han de ser cosas útiles para todos, y especialmente para la clase de tropa, servido en forma hábil, al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias.

Esto es lo que ha conseguido el señor Teniente D. José Castrillo de Cobia, reuniendo en un bien impreso volumen de 254 páginas, cuanto á los individuos de la Guardia Civil puede interesar como parte complementaria á su *Cartilla y Reglamento*.

Por lo minucioso de la explicación, lo preciso de todos los detalles y la oportunidad y exactitud de las citas, se comprende lo concienzudamente que el

libro está escrito, y demuéstase bien claramente la competencia de su autor.

Cada artículo que pueda hacer surgir la duda, ó dar origen á mala interpretación, tiene á continuación su aclaratoria razonada y convincente. Cuanto atañe al Código, á todas las leyes, á la policía judicial y al servicio en general, está tratado por el autor con claridad suma, habiendo conseguido el ilustrado Teniente Sr. Castrillo hacer un libro bien recomendable merecedor de la recompensa otorgada por el Director del Cuerpo.

Al dar, con sumo gusto, cuenta de él en estas columnas, enviámosle al autor nuestra felicitación. Véndase al precio de 2 pesetas en rústica, y 2,50 encuadernado.

En Ultramar, 3 pesetas y 3,50, respectivamente. Todos los pedidos al autor: *Jefe de la Línea de la Guardia Civil de Arnedo (Logroño)*.

Puerto Rico

Para todo lo relacionado con el periódico, los señores suscriptores deberán entenderse con nuestro corresponsal en la capital D. Francisco Alvarez Martínez.

NUESTRO CONSULTORIO

El Casar de Talamanca.—M. R. M.—1.ª Sí, señor.

Vivero.—J. V. R.—1.ª Recibida su carta, y se agradece su atención. 2.ª Está pendiente en la Caja de Ultramar.

Estivella.—T. R. G.—1.ª 43. 2.ª Aún no figura. 3.ª Licenciado en Cuba; pero se ignora su paradero.

Inieta.—T. U. M.—1.ª El día 3 de este mes se mandaron á Cuenca los alcances.

Figueras.—J. M. A.—1.ª El núm. 276 entre los Cabos.

Lillo.—J. F. F.—1.ª No, señor. 2.ª No, señor; á todos los ascendidos después del Real decreto, se les clasifica: la Real orden no dice nada de los retirados. 3.ª Sobre esto hay pendiente una moción en Guerra. 4.ª Sí, señor.

Alcaudete.—M. N. M.—1.ª, 5.ª No, señor; en el próximo mes es probable ocurra. 3.ª Aún no están aprobados. 4.ª En el Escuadrón del primer Tercio, con residencia en esta Corte.

Torrevecija.—C. H. L.—1.ª El núm. 766 entre los soldados.

La Calahorra.—M. V. H.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª En estos días se remitirá la instancia á informe de la Comandancia donde reside el interesado.

Minas del Horeajo.—J. S. M.—1.ª No, señor.

Almadén.—P. C. S.—1.ª 12. 2.ª No, señor. 3.ª No, señor; ni está prevenido ni hay derecho. 4.ª Tres. 5.ª A los seis años.

Tarifa.—A. P.—1.ª El núm. 51. 2.ª 5. 3.ª 69.

Casal de la Selva.—L. G. L.—1.ª El núm. 28. 2.ª 21. 3.ª, el 25. 4.ª 38.

Pedrones.—A. B. S.—1.ª No, señor; tiene derecho desde el día en que los cumplo.

Tortellá.—C. H. H.—1.ª Se agradece su atención. 2.ª Publicada. 3.ª El 133. 4.ª León, 43; Cáceres, 60; Valladolid, 56; Tarragona, ninguno, y Avila, 43. 5.ª Al Alcalde; pero si está reclamado con urgencia, no debe esperarse al día de la conducción, siempre que el servicio lo permita.

Hiendelecina.—L. A. B.—1.ª Según la Real orden, á los ascendidos después del Real decreto de 9 de Octubre; pero hay una moción pendiente para que se aclare si la mencionada disposición comprende á la Guardia Civil. 2.ª Antes ha de solicitar la salida del Colegio. 3.ª Solicitándolo del Director, si, señor. 4.ª Terminantemente no aparece dispuesto; pero, según el art. 9.º del Reglamento, no tiene derecho por dejar de ser pobre al cobrar su pensión. 5.ª No pueden ingresar.

Guareña.—S. M. C.—1.ª El número 5. 2.ª Atégase á los arts. 54 y 55 del Reglamento (Disposiciones generales, capítulo 7.º).

Puigcerdá.—V. L.—1.ª El número 28.

Torá.—N. P. R.—1.ª No figura. 2.ª 19. 3.ª El número 10. 4.ª Sí, señor; y en las Comandancias también. 5.ª Ninguna. 6.ª No, señor; los seis años han de ser precisamente en filas.

Sarrión.—Y. E. G.—1.ª Servido lo que interesa. 2.ª Sí, señor; según Real orden de 4 de Julio de 1870.

Villacañas.—G. C. R.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª No figura. 3.ª Publicada.

Tarragona.—S. F. B.—1.ª Servido lo que interesa. 2.ª El 9. 3.ª 33.

Berdún.—A. A. A.—1.ª No puede precisarse; pero es muy probable que no pueda obtener plaza por exceder de la edad. 2.ª No, señor; no hay nada prevenido. 3.ª Al Juzgado. 4.ª Sí, señor; (artículos 38 y 80 de la Cartilla). 5.ª No, señor. 6.ª Sí, señor. 7.ª A la 2.ª escala de la 4.ª categoría.

Alcalá de la Selva.—L. D. G.—1.ª Si le sirve para servicio, sí, señor.

Carbonera.—M. L. M.—1.ª Sí, señor; si lleva seis años en el Cuerpo. 2.ª En Darmin. 3.ª No, señor; quedan en poder del Juez. 4.ª Sí, señor. 5.ª El 8.593.

Cabra.—V. M. O.—1.ª El 8.385. 2.ª Destinado en Marzo á la Comandancia del Sur. 3.ª Con el 6. 4.ª En San Pedro (Soria). 5.ª En la Comandancia de Sagua, puesto de la Encrucijada.

Villarreal.—J. T. M.—1.ª El número 48. 2.ª El 18. 3.ª El 20. 4.ª Cuando lo previene el *Diario oficial*. 5.ª Instancia cursada por los Jefes, y si tiene algún certificado académico debe acompañarlo, para tener mejor derecho. 6.ª Isidoro Vicente, Palma (Balears); Agustín Fernández, Algeciras (Cádiz); Gaudencio Navarro, Vilel (Teruel), y Eleuterio Navarro, 4.ª Compañía del 14.º Tercio. 7.ª No, señor; es socio voluntario. 8.ª Matemáticas, Francés y Dibujo; para ingreso nada se exige, pero á más de esto hay que examinarse de Geografía é Historia de España y Universal. 9.ª Publicada.

Tous.—J. T. C.—1.ª Tienen derecho, con arreglo á la Real orden de 17 de Diciembre de 1888, siempre que el traslado sea por conveniencia del servicio.

Guadarrama.—M. S. G.—1.ª Sí, señor. 2.ª Tiene derecho á que le coloquen en el lugar correspondiente á la fecha de concesión; debe usted solicitarlo del primer Jefe de su Comandancia.

Bocaleones.—J. A. C.—1.ª El núm. 18.

Munilla.—J. G. H.—1.ª 69 para toda la Comandancia. 2.ª Sí, señor; pero antes ha de terminar el compromiso que se halla sirviendo. 3.ª Sí, señor.

Reus.—M. F. G.—1.ª El núm. 10. 2.ª No figura. 3.ª Están los antecedentes en la Comandancia.

Aras de Alpuente.—E. S. M.—1.ª En 1.º de Diciembre, y figura con el núm. 12. 2.ª 37.

Burguete.—L. C. G.—1.ª Si la Real orden de 13 de Febrero comprende á la Guardia Civil, le corresponden 65 pesetas; está el asunto pendiente en Guerra.

Mairena del Alcor.—J. D. S.—1.ª El número 2. 2.ª Nuestros suscriptores no nos molestan nunca.

Elizondo.—M. G. C.—1.ª Desde los catorce años.

Rincón de Soto.—N. G. M.—1.ª Treinta. 2.ª

Si la Real orden comprende á la Guardia Civil, le corresponden 65 pesetas.

L. N. A.—1.ª Sí, señor.

Cintadilla.—J. B. M.—1.ª Precise usted más la pregunta.

Cortegana.—B. G. B.—1.ª En la Comandancia de Cuba, puesto de Cristo.

Alcantarilla.—J. L. D.—1.ª En Villarejo de Salvanes (Madrid). (Hay puesto de la Guardia Civil). 2.ª Hecho el traslado.

M. P.—1.ª En Malpartida de Cáceres. 2.ª Puede pasar hasta los cuarenta y cinco años. 3.ª Sí, señor. 4.ª Para los efectos administrados, sí, señor; debe hacerse constar.

Sort.—F. F. P.—1.ª Eusebio Domínguez, en la Comandancia de Holguín, puesto de Casa Blanca, y Juan Oñate, en Tapaste (Havana).

La Rúa.—T. R. V.—1.ª No, señor. 2.ª El 150.

Zucaina.—P. Y. C.—1.ª El núm. 38. 2.ª En la Dirección no ha tenido entrada. 3.ª El 894. 4.ª El 8.082.

Para pasar el rato

Para las solteras.

Mlle. Lenormand ha tenido la humorada de averiguar cuáles son, en cada edad de la mujer, las probabilidades de hallar marido.

De sus investigaciones resulta que, de mil mujeres, se casan:

32 entre los 14 y los 15 años.

101	16	17
209	18	19
233	20	21
165	22	23
102	24	25
60	26	27
45	28	29
18	30	31
14	32	33
8	34	35
2	36	37
1	38	39

De manera que una muchacha de treinta años no tiene más que 18 bolas blancas contra 1.000 negras, como expresión de la probabilidad de casarse.

Cumplida la *cuarentena*, la probabilidad de hallar futuro está representada por una fracción muy mí-nima. Es cuestión de dote.

SONETO

Ocultase la luna... Bella aurora
esclarece la bóveda azulada;
entre flores y guijos, sosegada,
deslízase la linfa bullidora.
El zagal, que en aprisco oculto mora,
ofrece libertad á la manada
y, escuchando á las aves su alborada,
se fija en que la flor aljofar llora.
Y rauda vuela el cefirillo alado
surcando el ancho espacio; la pradera
el cespel fino ofrece perfumado;
su luz Febo nos manda placentera
dando vida á la umbría y al collado.
¡Cuán magna, cuán sublime es Primavera!

PEDRO ESTEBAN VALLE.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34.

Esta desventurada raza de hombres son constantemente mártires de su error y de su vanidad, y en vez de hacer servir á sus fines, como el verdadero hipócrita, las flaquezas, preocupaciones y debilidades de los demás, son, por el contrario, el juguete, el ludibrio y las víctimas de los falsos juicios y de las absurdas apreciaciones del mundo.

Tales gentes eran las que fundaban su virtud, honra y valía en su ilustre abuelo y ejecutoria, imaginándose locamente que la sangre tenía diversos colores, y que las hazañas de sus antepasados bastaban para llenarlos de gloria, permaneciendo ellos en la obscuridad merecida por su indolencia, cuando no se hacían notar sino por sus vicios.

La honra del mundo, así entendida, era la tiranía más atroz, dañosa é insostenible que jamás pudo inventar el demonio del orgullo.

En efecto, un hidalgo pobre moría de hambre y no podía pedir socorro á sus amigos, porque su mal entendida honra no le daba el correspondiente permiso para ello; andaba roto y remendado, pero prefería su desnudez á vestirse con ropas de sus parientes opulentos, pues que ni él las pedía, ni tampoco las hubiera recibido, porque esto era deshonor; pasábase todo el día pensando en sus pergaminos y en las grandezas de sus ascendientes, luciendo la gentileza de su persona por calles y plazas, pero su noble cuna le prohibía el trabajar honradamente para subvenir á sus necesidades, porque esto hubiera sido mancillar el lustre de su alcurnia; en una palabra, la vida de estos pobres caballeros era una tortura sin límites en que los colocaban las necias preocupaciones de su fátua y pírrica honra.

Pero estos mismos hidalgos, tan orgullosos por sentir circular en sus venas la noble sangre goda, que á más de andar se convertía en aguachirle por carecer del refuerzo y ayuda de una buena tajada y de un valiente trago de lo añejo, además del saludable ejercicio del trabajo, que tanto y tan bien adelgaza y acondiciona la sangre, no consideraban deshonoroso, ni ridículo, ni poco digno de su gótica ascendencia el ponerse á coser á la luz de la barata luna los puntos de sus calzas, ó lavar sus pañuelos, ó almidonar y planchar sus cuellos y á remendar su raída ropilla, hija de unos

gregüescos, nieta de una capa, biznieta de un capuz, y en disposición de hacer de ella, con peregrino ingenio, alguna otra prenda que resultaría tataranieta del capuz primitivo.

Así vivían estos soberbios descendientes de los godos, ahora trocados en caballeros fantasmas de puro flacos, mal cosidos y peor sustentados, comiendo sus carnes en el invierno por las picaduras del verano, el jubón cual miradores de monjas, y el calzado sostenido á fuerza de tinta, cerote y otros ingeniosos untos, como cuerpo de bruja vieja.

Y todas estas y otras mayores calamidades llovían á torrentes sobre aquellos nobilísimos hidalgos, sin más razón ni motivo que por no resolverse á dar de mano á sus necias preocupaciones de mal entendida honra, ocupándose en algún trabajo útil y productivo para sí mismos y para sus semejantes; pero antes habrían consentido en que los desollasen vivos, que en trabajar para comer, como Dios manda.

La vida, sin embargo, tiene sus imperiosas exigencias, á las cuales no podían menos dar ceder á la postre aquellos infelices hidalgos; pues si la negra honra les prohibía terminantemente dedicarse á un trabajo provechoso, no por eso lograban excusarse de un trabajo más impropio é impropio todavía, cual era el de aderezar, zurcir, coser, remendar, lavar, planchar, teñir, ojalear y botonesar su atavío en tenguereques, á la vez que la necesidad de alimentarse les obligaba á romper y atropellar por todas sus vanidades, acudiendo á la sopa y á las cascas de juego para pedir barato, y siendo langosta de banquetes, gustos de cenas y sacabocados de los opulentos señores, abades y prelados; es decir, que por no trabajar, hacían al fin, con descaro inaudito, lo que al principio ni siquiera hubieran imaginado sin morir de vergüenza.

Las horribles tiranías de las preocupaciones y fatuidades de la negra honrilla se aumentaban y adquirían colosales y funestas proporciones á causa del ridículo y universal desprecio con que la mal dirigida opinión miraba á los que se veían reducidos á un estado miserable, á lo cual también contribuía en gran manera la literatura festiva de la época, que complacía en pintar estos tipos

tomar una forma tan indigna, tan cobarde, tan odiosa, ni cuyas consecuencias fuesen tan disolventes y funestas para la religión, para sus ministros y para la sociedad entera.

Con tales elementos, el lector puede formarse ya la idea de lo que era aquella organización social, únicamente favorable para el clero y para la nobleza, y todavía ésta en su mayor parte se hallaba reducida á la precaria situación de *alimentista* con respecto á los primogénitos ó mayorazgos.

Desde luego paso en silencio la horrible perturbación moral que semejante sistema introducía en el seno de las familias, promoviendo entre los hermanos rivalidades, celos, odios, envidias y todas las malas pasiones; que tal es el galardón merecido y la consecuencia obligada que siempre atrae la violación de las sagradas leyes de la humanidad y de la naturaleza, como acontecía todavía entre los hermanos y hermanas de los *hereus* y de las *putillas* en la liberal é igualitaria Cataluña.

No es extraño, sin embargo, que tales abusos é injusticias se prolonguen en algunas de nuestras provincias, cuando hemos visto pasar por el poder á las parcialidades políticas que más blasonan y alardean de progresivas y regeneradoras, sin que se les haya ocurrido el declarar, de un golpe y de una plumada, libre la propiedad territorial, coronando así las generosas aspiraciones de las leyes desamortizadoras que, en tiempos incomparablemente más difíciles, plantearon Mendizábal y sus amigos, con eterna gloria suya y en bien general de la nación española.

Pero concretándose á las condiciones económicas y medios de vida de los individuos y familias de la muchedumbre en aquella calamitosa época, debo decir que los mismos privilegiados reconocieron la necesidad imprescindible de multiplicar los hospitales y demás establecimientos de beneficencia, si no á impulsos de la ferviente caridad cristiana, que en determinados personajes sería injusto negar, al menos por la egoísta consideración de que ni ellos mismos habían podido prolongar su anómala existencia sin acudir en socorro de aquel mismo pueblo que llevaba todas las cargas, que sufría todas las vejaciones, y que, sin embargo, les

era tan necesario para vivir, como el burro al arriero.

España, pues, era un hospicio inmenso en que los depredadores tenían acogidos á los despojados, y para perpetuar aquel violento estado de cosas, además de numerosos hospitales y refugios, inventaron la sopa diaria, bodrio, guiropa ó bazofia, que se repartía en los conventos, y á la cual se precipitaba famélico y presuroso el pueblo español, como en otro tiempo la envilecida plebe romana acudía al *atrio* de los patronos para recibir su esportula diaria.

A toque de campana, y de doce á una, solía repartirse la sopa, y era de ver en aquellos bienhadados tiempos, tan encarecidos como llorados por cierta casta de gentes, cómo á tal hora, por calles y plazas corrían con su escudilla ó puchero mozas desarrapadas, mozos de halda y esportilla, menestrales sin trabajo, militares estropeados, estudiantes con sus mantos y capachas, hidalgos con raídas ropillas, pretendientes desesperados, viejas menaigas, viejos pordioseros, dueñas encubiertas con sus mantos, beatas con sus monjiles, doncellas huérfanas y vergonzantes, campesinos en forzada huelga, lacayos desacomodados, rapaces huídos de sus casas, pajeillos traviesos, jugadores perdidosos, rateros, rufianes, tías, hombres, mujeres, niños, niñas, familias enteras; casi toda la nación empobrecida, degradada, ignorante, supersticiosa y haragana, concurría solita y puntual al pórtico de los monasterios para recibir su pitanza de manos de los que hábilmente se habían apoderado de la mayor parte del territorio, y de los que conocían á fondo el arte satánico de embaucar, oprimir, explotar, embrutecer y fanatizar á la ciega y desventurada muchedumbre.

En torno de la puerta se armaba infernal gritería de riñas, denuestos, reconvencciones, chismes, rencillas, rezos, cantos y lloriqueos, hasta que todos callaban ante el poderoso *quos ego* del robusto donado, que se presentaba radiante y fulgente, precedido de la enorme y humeante caldera, y esgrimiendo con majestuoso ademán su cazo, cual si fuera un regio cetro.

Entonces comenzaba el acto solemne del repartimiento de la sopa, recibiendo cada uno su medida, ración ó correspondientes cazadas, según era para él ó su

Fábricas y Almacenes

DE PAPEL

Hijos de Fernández Iglesias

(CUATRO FÁBRICAS Y TRES ALMACENES)

Proveedores de la Dirección de la Guardia Civil

Papeles de todas clases y colores; impresos, cuadernos, plumas, lápices y cuantos objetos de escritorio se deseen.

A los suscriptores de EL HERALDO se les hará rebaja en los pedidos. Dirigirse a la Carrera de San Jerónimo, núm. 10.—MADRID.

GEMELOS DE CAMPAÑA

con estuche y bandolera, reglamentarios, para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil**

Gemelo militar, objetivo 19 líneas, cónico; aumenta cinco veces, seis lentes campo de vista a los 1.000 metros 45 metros. Pero sin el estuche 43c gramos. Precio con estuche y bandolera, 60 pesetas.

Las condiciones de pago y descuento son según la importancia de los pedidos.

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Calle de Fernando, número 23, BARCELONA

Un Matrimonio por Amor

Novela original de DON FRANCISCO MARTIN ARRUE

Precio: DOS pesetas.

A los suscriptores de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL, el 25 por 100 de rebaja haciendo los pedidos a esta Administración.

Por gastar tinta

ENSAYOS POETICO-PROSAICOS

UN SOLDADO SIN ESTUDIOS

Magnífica colección de poemas y trozos seleccionados en prosa.

Se vende al precio de una peseta, en Sevilla, librería de Hijos de Fe, calle de las Sierpes, y en casa del editor D. Justo Guerra Huertas, (Sevilla) Ronquilla.

Nervios

El **Antinervioso Howard** es el tónico más poderoso del sistema nervioso; no tiene rival para curar vértigos, mareos, el insomnio y pesadillas, temblores, ansiedad, sensaciones extrañas, frío, calor, dolor, irascibilidad, parálisis, falta de memoria, de voluntad y de resolución. Obra reconstituyendo. Remedio para quince días, 4 pesetas.—Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Capellanes, 1.—Va por correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, duplicado, Madrid.—De doce a dos.

Impotencia

El **Fluido Vital, Gotas Viriles, Glóbulos vitales y Perlas del Serrallo** (5, 6, 25 y 40 pesetas), son los únicos remedios bien informados por la razón sana de un pensador ilustre para curar sin riesgo y con la mayor solidez la **impotencia, derrames seminales** y demás desarreglos genitales por abusos o vejez. Son tónicos vigorosos y curan **aun cuando se hayan ensayado otros remedios sin resultado positivo**.

Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, Madrid.

Venéreo-sífilis

Curación e inmunidad con los remedios antisépticos, **Antiblenorrágico Ivel**, para curar todo flujo uretral, purgaciones, gota militar, etc. **Antisifítico Cowper**, para la sífilis en todos sus períodos. Precio: 4 pesetas en las boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van por correo, **Instituto Audet**, Madrid.



Fábrica de impermeables

EN BARCELONA

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Barcelona, calle de Fernando, número 23

Especialidad en los de forma reglamentaria para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil** y demás Cuerpos del Ejército.

Empleamos el mejor tejido, de color invariable negro firme, siendo flexible e impermeable garantizado. Capotes de buen corte, engomados y cosidos al mismo tiempo. Facilidades para el pago. Pídanse circulares y muestras.

SASTRERIA MILITAR

DE

VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, Travesía de Trujillos, 2.—Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos. Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

HIJOS DE ANTONIO GIL

PRIM, 11, Y VITORIA, 5

BURGOS

SUCURSAL

29, Fuencarral, 29

MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

SASTRERIA MILITAR

DE

Francisco Juan Vidal

25, SAN MIGUEL, 25, MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros. Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

familia; pues, en general, el lego conocía personalmente a la diaria clientela, y, desde luego, reparaba en los extraños o forasteros que por primera vez iban a demandar la pitanzas; de suerte que, bajo este aspecto, los donados solían ser personajes muy populares y harto influyentes en las masas, como se diría en el actual idioma político, y, por lo tanto, muy a propósito para promover motines y asonadas, como más de una vez sucedió, según a sus planes convenía, desde los tiempos más remotos hasta el famoso movimiento de Esquilache, atribuido a los hábiles manejos y secretas excitaciones de los jesuitas.

Aquel espectáculo no carecía de interés para un observador atento y reflexivo.

Los sopones o pobres al descubierto, que era la gran mayoría de los españoles, iban presentando al lego sin reserva sus pucheros o escudillas, y no pocos sacaban en el acto sus cucharas y se embullaban al punto el boudoir; pero algunos hidalgos de portante, envueltos en su capa, con espada ceñida, calzas atacadas, botas jentas, cuello abierto y sombrero de lado, penetraban más allá de la portería, y en cualquiera rincón del claustro embuchábanse la sopa, no en público, sino a lo escondido, y, por lo tanto, según ellos se imaginaban, con más honor y decoro.

Muchos de aquellos hambrientos hidalgos llevaban la fachenda de su negra honrilla hasta el extremo de hacerles creer a los frailes que no recibían la sopa bendita por necesidad, sino por devoción, para mostrarse humildes, dar ejemplo y mortificarse así más cruelmente que si a raíz de la carne llevasen oculto y torturador cilicio.

También solían entrar en el interior de los conventos para comerse aparte su buena ración, huérfanas de calidad y dueñas muy bien engalanadas, que, por lo visto, eran parientes de los padres graves; y de igual modo y con el mismo propósito penetraban con ademán brioso mozállonas del pueblo que a su vez estaban emparentadas con los robustos legos o donados de cerviz taurina, color sanguíneo y rostro fresco y alegre, que estaban muy lejos de manifestar la palidez macilenta del ayuno, de las vigiliadas, de la penitencia y de las austeridades.

Con harta frecuencia promovíanse tam-

bién alborotos, reyertas y zalagardas entre los sopivoros, a causa de ese pecado capital tan arraigado entre los españoles, y cuyas consecuencias son tan funestas en todos sentidos. No me parece necesario decir que hablo de la maldita envidia, que venía a emponzoñar hasta los bocados de aquel miserable boudoir.

Sucedía, pues, que algunos, de estómago elástico y demasiado tragones, con muy corteses arengas, después de ya repartida la bazofia, demandaban porción doblada, y aun triplicada, alegando que era para personas virtuosas, nobles e indigentes; pero los sopones, llevados de su mal intencionada rivalidad, seguían, como la sombra al cuerpo a estos pedigones extraordinarios, los cuales, impedidos a su vez por la impaciencia de su gula o de su hambre, al volver la primera esquina o detrás de alguna puerta comenzaban a tragar de lo lindo, y entonces era Troya; pues sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar a otros para llenar la panza propia, se levantaban gritos, y tras los gritos palos, y tras los palos tolondrones y descalabraduras en las pobres cabezas de los gastrónomos pedigueros que, a la sombra de seres imaginarios, pretendían soltar todos los pliegues de su estómago y sacar la tripa de mal año.

En tales ocasiones lo que más indignaba a los sopivoros era que estos hidalgos no se preciaban de ser sopones descarados, mondos y lirondos, como sus adversarios los estudiantes de la capacha, que a voz en grito decían que había sopistas capaces de ser arzobispos y algo más, y no se enfrentaban del boudoir como aquellos hidalgos petardistas, aventureros y vanidosos, que sin din alardeaban del don, siendo a la postre caballeros hebenes, hueros, chanflones, chirles, trapillados, caninos y trapaceros; y a vueltas de estas matracas y otros semejantes requiebros, los sopones públicos daban a oler a los melindrosos y recatados sus escudillas de madera con tanta prisa y enojo, que les rompían los dientes y las narices en justo castigo, según ellos afirmaban, de sus famélicas supercherías, en perjuicio del honrado y notorio pobrismo, el cual, arrebatado de entusiasmo, predigaba sin reserva sus aplausos a las elocuentes y populares diatribas de los estudiantes de la capacha.

Tal era la índole y naturaleza de las ideas y sentimientos morales, que necesariamente habían de predominar en las muchedumbres de esta nación degradada por sus preocupaciones, por su fanatismo, por su organización social, por su estado económico, y sobre todo, por sus funestos hábitos de holgazanería, fomentados cada vez más por aquellas permanentes y lamentables causas de abandono, desidia, ignorancia, superstición e inmoralidad pública y privada.

Ya he indicado, con la brevedad posible, el origen de la despoblación y penuria creciente de España, así como también los poderosos motivos que obligaron a las clases privilegiadas a multiplicar, en proporción a la indigencia pública, las instituciones de beneficencia y a establecer la sopa, cuyo funesto influjo en la indolencia general del país es tan incalculable, como fué desastroso para las buenas costumbres, fortificando indirectamente las seculares concausas del bandolerismo, que solo puede encontrar su más eficaz correctivo en los ejemplos de moralidad irreprochables en las clases superiores, en la educación moral de las clases pobres y en la vida ordenada de la familia y del trabajo, única fuente de regeneración y bienestar posibles para los individuos, y de sosiego y prosperidad para los pueblos.

En suma: fanatismo, amortización, sopa, holgazanería y bandolerismo, son en definitiva términos tan necesaria como funestamente correlativos, recíprocos y similares.

Los efectos están siempre en proporción directa con las causas, y los principios erróneos enjendran ineludiblemente deplorables consecuencias.

CAPITULO XXV

Los hidalgos de la negra honrilla.

La rectitud de la conciencia y la honra no están siempre en conforme y perfecta armonía.

El testimonio de la conciencia es completamente interior, y puede suceder que el más justo de los hombres sea calificado de criminal, perseguido como sedicioso y condenado a morir en un suplicio.

[Tal es la historia de Jesús Nazareno! La honra es el testimonio exterior que

la sociedad tributa a los hombres por sus actos, al parecer virtuosos, y en este sentido puede concederse que en general la opinión humana concierte con el aprecio debido a la moralidad de los móviles que inspiraron aquellos mismos actos, dignos de estimación y alabanza.

Pero en absoluto y en realidad de verdad, como suele decirse, ¿qué hombre será capaz de penetrar en los profundos senos de la conciencia de otro con la misma seguridad que en la propia, y juzgar con matemática exactitud la moralidad y desinterés de los motivos que produjeron sus actos exteriores? Esta ecuación perfecta es imposible, y precisamente de esta imposibilidad arranca la dolorosa posibilidad de que ya he hablado, respecto a la inmensa injusticia con que suelen ser tratados por sus contemporáneos los hombres más ilustres y respetables por su virtud o ciencia.

Ahora bien; los hombres pueden equivocarse gravemente respecto a la índole de las acciones que merecen honra y fama, y como la fama y la honra, más que en la conciencia propia, se engendran en la opinión ajena, resulta de aquí que muchos actos tenidos por honrados y famosos acaso fueron dictados y producidos por los móviles más despreciables de la hipocresía y del egoísmo.

Quiero decir que el coeficiente más fundamental de la honra no radica en la conciencia íntima del agente, sino en el juicio y opinión de los demás hombres.

Existen espíritus satánicamente astutos que consultan las tendencias y circunstancias de aquella opinión y juicio meramente externo, y acomodan su conducta a tales exigencias, produciéndose así ese repugnante monstruo moral que se llama el hipócrita cuando se descubre; pero cuyo primoroso refinamiento consiste en ser malvado con habilidad tan profunda, que, no solamente nadie lo conozca, sino que todos le tengan por el más virtuoso de los mortales.

La honra, pues, o sea el juicio moral que los hombres forman respecto al hombre, está sujeta a infinitos errores y funestísimas preocupaciones.

También existen individuos que, sin ser malvados como el hipócrita, son tan débiles y necios, que estiman en más la opinión errónea de los otros que las sinceras y leales inspiraciones de su propia conciencia.